



VOL: AÑO 3, NUMERO 6

FECHA: PRIMAVERA 1988

TEMA: LA OTRA CARA DEL PODER

TITULO: **Identidad social y representación política en la obra de Pierre Bourdieu**

AUTOR: *Jean Francois Prud'homme*

SECCION: Artículos

EPIGRAFE:

"La ciencia social tiene que ver con realidades ya nombradas, ya clasificadas, portadoras de nombres propios y nombres comunes, de títulos, de signos, de siglas. So pena de retomar a su cuenta sin saberlo actos de construcción cuya lógica y necesidad ignora, tiene que tomar como objeto de estudio las operaciones sociales de nominación y los ritos de institución a través de los cuales éstas se efectúan, pero más profundamente, tiene que examinar el papel de las palabras en la constitución de las cosas sociales; y la contribución que la lucha de las clasificaciones, dimensión de toda lucha de clases aporta a la constitución de las clases, clases de edad, clases sexuales o clases sociales, pero también clanes, tribus, etnias o naciones". (Bourdieu: 1982; 99).

TEXTO

Estos apuntes preliminares constituyen un primer acercamiento a los temas de la identidad social y de la representación política. Un elemento común a ambos que interesa profundizar aquí, es la percepción que desarrolla un grupo de sí mismo y de los otros como elemento de cohesión y distinción entre ellos. Por lo tanto la relación dinámica que se establece entre universos prácticos y simbólicos reviste una importancia particular.

Se parte de la concepción de que la sociedad constituye un espacio de producción de sentido y de oposición de intereses con el fin de explicar el tránsito de las percepciones subjetivas a las estructuras objetivas. Este artículo se desprende esencialmente de una lectura de las contribuciones al respecto del sociólogo francés Pierre Bourdieu; por lo tanto sus alcances son parciales y limitados, dado que no toman en consideración los aportes de otros autores y disciplinas. Empezaré por exponer lo que el autor entiende como relación entre manejo práctico y manejo simbólico de la experiencia. Me detendré posteriormente en los mecanismos de constitución de la identidad social para proseguir con el tema de la representación política. Finalmente discutiré la contribución de Bourdieu al estudio de las relaciones entre poder, dominación y sociedad.

La proposición fundamental que orienta esta reflexión, es que las entidades colectivas no existen en sí, sino que son el producto de un trabajo social de producción de sentido. Producción de sentido que se elabora a partir de las propiedades y las prácticas de los agentes sociales. Si se acepta la existencia de una multitud de intereses conformando el mundo social, podemos suponer que la producción de sentido articula espacios de lucha en los distintos campos del quehacer social. Es una práctica que actúa a partir y sobre el conjunto de las prácticas sociales.

Sentido práctico y discurso: lo implícito y lo explícito.

La relación que los agentes sociales establecen con el mundo es primordialmente práctica. Práctica en el sentido de que la mayoría de las acciones socialmente orientadas no requieren de una elaboración consciente para llevarse a cabo. Se remiten más bien a una matriz de percepciones, apreciaciones y acciones que vuelve posible el cumplimiento de tareas muy diferenciadas. Las prácticas son el producto de una relación dialéctica entre situación (o coyuntura) y habitus (o estructura objetiva interiorizada) [1]. El estudio de las prácticas permite reconstruir una lógica de las acciones sociales que no corresponde a modelos de aprehensión teóricamente lógicos.

La constitución del habitus individual o colectivo se da a la vez por medio de la adquisición práctica o aprendida de normas de comportamiento. En este sentido, permite al agente tener un manejo práctico de su relación con el mundo social. Ese manejo práctico se presenta como inmediato, "natural" e implícito. No obstante, esto es el resultado de la historia social de un tipo de dominación que se expresa por la existencia de un principio legítimo de división del mundo lo que favorece la incorporación de dicho principio. Por lo tanto, el habitus bajo sus apariencias de "naturalidad" y de inmediatez, asigna un "lugar social" a su portador, lugar que se refleja de diversas maneras en los agentes (entre otras, en la composición del capital global y en los emblemas de distinción social como son los gustos, el lenguaje, la gestualidad -hexis corporal como dice Bourdieu) y que permite apreciar la distancia entre las distintas clases. [2]

El manejo simbólico de la experiencia se distingue del manejo práctico. Este último puede orientar la práctica cotidiana en todos sus aspectos políticos sin nunca acceder a la explicitación y menos a la conceptualización sistemática. De esta manera el manejo práctico difícilmente puede superar la evidencia, el orden de las cosas, invertir o trastocar los principios legítimos de visión del mundo social.

El manejo simbólico de la experiencia -es decir el paso de la experiencia a la expresión, la conciencia- se expresa en un discurso socialmente reconocido como político que omite la referencia directa y exclusiva a una situación singular por el contrario, se pretende universal. (Bourdieu: 1979; 537). Este discurso opera por la activación de mecanismos de inversión de capital cultural y político para permitir que el enunciante lo emita desde una posición social de autoridad respetando los criterios de validación propios del campo sobre el cual actúa (campo político, campo académico, campo artístico, etc). [3] No hay una relación de determinación absoluta entre la experiencia y su expresión; las mismas experiencias pueden reconocerse en distintos discursos. Así se puede pensar que la producción de sentido abre un espacio de lucha y de competencia entre los productores de sentido. Dichas luchas responden a determinantes sociales e históricos tanto en las reglas de su desenvolvimiento como en su resolución. En los distintos campos hay una economía de producción del sentido. Las reglas de validación del discurso autorizado varían en función del campo sobre el cual actúan; no serán las mismas en el campo académico que en el político, así como son distintas de un campo político a otro.

Por consiguiente podemos pensar que hay por lo menos dos niveles de aprehensión de la realidad, que se traducen en el manejo práctico de la experiencia que actúa en el nivel de lo implícito, de lo inmediato, del habitus incorporado y en el manejo simbólico de la experiencia que conlleva una tarea de explicitación de lo implícito, de reconstrucción de los principios de división del mundo.

Ahora bien la producción de sentido adquiere una relevancia primordial en la medida en que se va a actuar directamente sobre la constitución de las clases y sobre la percepción que tienen dichas clases de las relaciones que se establecen entre ellas. Por lo tanto la constitución de las identidades sociales es producto del manejo simbólico de la

experiencia, de la lucha de las clasificaciones. También las posibilidades de cambio social están necesariamente asociadas a la producción de discursos, que enuncian o denuncian los principios legítimos de división del mundo (principios que operan en la base de la dominación) y proponen principios alternativos [4]. La "toma de conciencia" se manifiesta por "la posesión, directa o indirecta, de un discurso capaz de asegurar el manejo simbólico de los principios prácticamente manejados del habitus de clase" (Bourdieu: 1972, 185).

Así el mundo de las prácticas debe entenderse como un conjunto de campos social e históricamente constituidos. Esos campos aparecen como espacios de lucha en torno a objetivos específicos que implican la activación de estrategias de valoración de una forma de capital. A cada campo corresponde primordialmente una de ellas (capital cultural, económico o político, etc.) que asegura las ganancias dentro de dicho campo.

La creencia de los agentes es constitutiva de la pertenencia a un campo. Su forma más plena, más ingenua se da por la pertenencia de nacimiento. Si no, se manifiesta por una fe práctica que imponen todos los campos cuando sancionan o excluyen a los que destruyen el juego o cuando seleccionan a los recién ingresados por medio de ritos de pasaje, exámenes, etc., con el objeto de conseguir su adhesión total a los presupuestos fundamentales de los campos (Bourdieu:180a; 112-113). A cada campo global corresponden campos específicos (por ejemplo, campo cultural, campo científico, artístico, etc.) con reglas propias de funcionamiento, que tienden a reproducir de manera homóloga la dinámica de las posiciones de clases que se dan en los campos globales, es decir en las estructuras de dominación.

Luchas simbólicas y principios de clasificación

El capital simbólico (el escolar, el cultural, el político...) se distingue del capital de bienes (dinero, propiedades...) en que tiene por efecto disimular su carácter rentable, es decir de portador y generador de intereses, potencialmente desplegados en estrategia de poder. Se presenta como un capital negado, desconocido como tal, por lo que se le reconoce como natural (Bourdieu: 1980a;200).

El capital simbólico se constituye a partir de una inversión de tiempo socialmente reconocida. Es decir que el reconocimiento, institucionalizado o no por parte de un grupo, establece el mecanismo de valoración de dicho capital (Bourdieu: 1982; 68). Su distribución se traduce en repartición de diferencias percibidas y de propiedades distintivas en el mundo social. La autoridad derivada de la acumulación de capital simbólico opera a partir del reconocimiento social, es decir de la creencia en el valor de dicho capital. De aquí podemos apreciar la importancia de las luchas simbólicas, luchas por la producción de sentido, por la imposición de principios de clasificación del mundo, por la definición de la identidad social, por la percepción legítima y la valoración social de los atributos y prácticas de un grupo. Dichas luchas están orientadas hacia la detención del poder simbólico, el ejercicio de la dominación simbólica que consiste en actuar sobre la percepción del mundo que tienen los distintos agentes.

La autoridad que confiere la posesión de capital simbólico y su reconocimiento por un grupo tiene efectos sobre las prácticas.

Uno de ellos está relacionado con la posibilidad de explicitar lo implícito, de producir un discurso sobre los atributos y las prácticas "en calidad de portavoz", de un grupo movilizable. Podríamos designarlo como efecto de unificación y diferenciación [5]:

"(el discurso) permite así a los agentes descubrirse propiedades comunes más allá de la diversidad de las situaciones particulares que los aíslan dividen y desmovilizan, y de construir su identidad social sobre la base de rasgos y experiencias que parecían distintos mientras faltaba el "principio de pertinencia" para construirlos en indicios de la pertenencia a una misma clase" (Bourdieu: 1982;153).

Dicho discurso tendrá más eficacia en la medida en que sus enunciados o las propiedades clasificatorias por las cuales el grupo se caracteriza y se reconoce de manera explícita concuerdan con las propiedades y prácticas objetivas de dicho grupo. En este sentido los discursos religiosos y políticos (al contrario del discurso matemático, por ejemplo) al tener la ventaja de ser relativamente polisémicos, tienen la capacidad de traducir una mayor diversidad de propiedades y prácticas objetivas.

La producción de un principio de clasificaciones desde una posición de enunciación socialmente autorizada, influye directamente en el proceso de formación de los grupos o de las clases.

Para que un grupo práctico se vuelva grupo instituido requiere de la construcción de un principio de clasificación que le permita producir sus propiedades distintivas y anular las propiedades no pertinentes. Todo grupo potencial es objeto de una lucha por la imposición de un principio legítimo de su propia construcción.

El representante "hace al grupo que lo hace". Es decir que el poder de la palabra es el poder delegado en el portavoz. La autoridad del lenguaje le está otorgada desde afuera y el lenguaje representa a esa autoridad. Esto supone que cada grupo en su proceso de institucionalización (o como institución) conforma un campo de acumulación de capital y de lucha por la detención del poder simbólico. Supone también la existencia de ritos de institución que confirman la delegación del capital simbólico del grupo a su portavoz. Esos ritos transfieren la creencia de todo un grupo o de una institución a un individuo: lo autorizan mediante actos de nombramiento. Dichos actos conllevan reglas específicas que tienen que ver con las propiedades del discurso, de la persona que lo enuncia y de la institución que autoriza la emisión del discurso (es lo que hace que la declamación de un poema surrealista en el acto de clausura de un congreso de contadores públicos no tenga efectos de autoridad, por ejemplo).

A su vez, la posición de autoridad (tomada aquí en su sentido literal de "autor"; "el que incrementa, el que funda") permite a su ocupante apropiarse de la voz del grupo que le delega su capital simbólico. Le permite enunciar discursos autorizados, producir principios de clasificación y actuar sobre la percepción social de la división del mundo. Le otorga el poder de nombrar y de hacer el mundo nombrándolo con una intención ejecutoria y mágica [6]. De esta manera incide sobre la percepción pública de dicho grupo y sobre la representación de sus relaciones con otros grupos. Contribuye a la lucha por la asignación de un lugar social, de una identidad de grupo.

La delegación de la palabra por parte de un grupo o de un individuo significa como acto de reconocimiento y de fe una relativa pérdida del derecho de palabra. Es decir que a partir del momento en que se autoriza a un portavoz se desautoriza a las demás voces que constituyen al grupo.

Cabe subrayar que la fuerza movilizadora del proceso de constitución de la identidad social (por lo tanto de los grupos) deriva del hecho de que el individuo invierte en ese proceso todo lo que define la percepción que tiene de sí mismo: se trata de hacer reconocer pública y oficialmente el "nosotros" frente a los "otros". La lucha por la identidad es una lucha por la autonomía de definición en función de sus propios intereses de los

principios de definición del mundo social (Bourdieu: 1980b; 69). Pierre Ansart insiste en que a través de la producción de sentido y constitución de los grupos se da una estructuración de los "efectos" colectivos por la transferencia de las pulsiones en sus distintos componentes hacia objetos sociales. La construcción de las motivaciones, que permite la movilización de los grupos se da por la inculcación de identificaciones gratificantes. Es decir una reconciliación consigo mismo en la modalidad heroica (papel del jefe, sensación de participar en un movimiento histórico, etc.) (Ansart: 1977; 214 SS.) [7]

La representación política

La representación política es una de las formas de constitución de la identidad social. Por lo tanto el discurso político tiene también por objeto la imposición de un principio de división del mundo y actúa sobre la formación de los grupos. No obstante el campo político responde a reglas que le son propias.

En primer lugar, el campo político es un campo restringido. Restricción que es producto de la sanción social de lo que es legítimamente político. En este sentido se puede hablar de producción de problemáticas políticas, que califican o descalifican los discursos como pertinentemente políticos. Consecuentemente, el universo de lo políticamente posible no es infinito; está más bien definido en cada momento del desarrollo de una sociedad, por la existencia de un principio legítimo de división del mundo, una forma de dominación. Uno de los objetivos de las luchas que se dan en el campo político es la definición de las problemáticas políticas, es decir de lo político. [8]

También a partir del campo político se define el lenguaje de la política. Dicho lenguaje responde a reglas de enunciación específicas que suponen la adquisición de un habitus político (manejo práctico de la experiencia política) y la inversión de un capital político global que sea valorable como capital simbólico, susceptible de reconocimiento y de delegación. No todos los agentes sociales están autorizados a tener un discurso político; tampoco todos los agentes sociales se sienten competentes para enunciar un discurso político. Esta afirmación plantea el problema de la producción de la opinión política: ¿hasta qué punto, el agente expresa una opinión que reproduce un principio de clasificación del mundo que le es desfavorable?

De acuerdo a Bourdieu existen tres modos de producción de la opinión política, que están relacionados con la capacidad del agente de tener un manejo simbólico de las problemáticas legítimas y, consecuentemente con la composición de su capital político global.

El primer modo de producción de la opinión pública podría calificarse de ethos de clase. Opera en el nivel de lo implícito, de un manejo práctico dentro de las categorías impuestas por las problemáticas legítimas. Se concibe como una fórmula generadora, no constituida como tal, que permite tener, sobre todos los problemas de la vida, respuestas objetivamente coherentes entre sí y compatibles con los postulados de una relación práctica con el mundo. Este modo de producción de la opinión permite entender la alodoxia política, es decir que los intereses de clase se expresan en discursos que reproducen objetivamente una situación de dominación [9]. Podríamos dar el ejemplo extremo de un individuo que emite un discurso despectivo sobre su propio grupo social sin darse cuenta que está reproduciendo principios de clasificación que valoran la dominación de otro grupo social.

Un segundo modo de producción de la opinión política podría denominarse la "toma sistemática de partido" (parti politique systématique). Este modo de producción supone la

acumulación de un gran capital político global, en el cual el capital escolar ocuparía un lugar preponderante [10]. El agente genera sus opiniones políticas a partir de un sistema de principios explícitos y específicamente políticos. Ha adquirido una axiomática política que permite generar o prever la infinidad de juicios y de actos políticos inscritos en las posibilidades del campo político. Su manejo simbólico de la experiencia política, le permite además definir lo político más allá de los parámetros de las problemáticas legítimas: puede politizar experiencias que no están definidas como políticas.

El tercer modo de producción de la opinión política combina mecanismos propios de los anteriores. Se da en los casos de pertenencia a una organización (Iglesia, partido, etc.), la cual sufre una línea de interpretación sobre un conjunto de problemas y contribuye a constituirlos como políticos. Aquí la adhesión del agente involucrado en esa producción de opinión puede tener por principio un reconocimiento práctico operado desde el ethos de clase o una "toma sistemática de partido". El hecho es que la organización a la cual pertenece el individuo formula las problemáticas políticas y emite líneas de interpretación de los problemas (Bourdieu: 1979; 490; 491).

En el caso de los dos últimos modos de producción de la opinión política mencionados arriba, los principios propiamente políticos de producción del juicio político están llevados a un nivel explícito y constituidos como tales por una institución externa o por el agente político aislado. Dichos principios permiten dar respuestas sistemáticamente políticas a problemas distintos. Aquí la relación que se establece entre la opinión y la experiencia no se da por el inconsciente de clase (o el ethos de clase) sino por la mediación de una instancia política. Pueden ser o el partido investido del monopolio de los principios de producción de las opiniones políticas o la axiomática política individual. En cuanto a los problemas que no son constituidos políticamente por un partido o el individuo, el ethos de clase sufre a las insuficiencias del método o de la axiomática. [11]

No obstante la capacidad de producción del discurso político tiende a estar altamente concentrada en manos de pocos agentes. Hay una división del trabajo político. Los profesionales de la política (políticos, periodistas, etc.) monopolizan el mercado de la producción de las problemáticas. Dicho monopolio se constituye por la acumulación de capital simbólico: en otros términos, por el reconocimiento social de la competencia técnica o delegada para enunciar un discurso político. [12]

Hay reglas propias que condicionan el acceso al campo político y que suponen el manejo práctico de ciertos conocimientos (teorías, conceptos, tradiciones históricas, datos económicos, etc.), de cierto lenguaje, de una retórica y de ciertas capacidades. Supone también un "tipo de iniciación, con sus pruebas y sus ritos de pasaje, que tienden a inculcar un manejo práctico de la lógica inmanente al campo político y a imponer una sumisión de hecho a los valores, jerarquías y censuras inherentes a ese campo o a la forma específica que sus limitantes y controles revisten al interior de cada partido" (Bourdieu: 1981; 6).

Ese manejo práctico de la lógica inmanente al campo político, permite al profesional de la política adoptar posiciones que responden a las reglas del "Juego político". Le facilita ubicarse relacionadamente con las posiciones de los más profesionales que operan dentro del mismo campo. Por lo tanto se puede pensar que el profesional representa y actúa por un doble interés: uno que está relacionado con su ubicación en el campo de la producción ideológica y otro que responde al interés delegado por el grupo a quien representa. La correspondencia entre representante y representado va a depender de la homología entre la estructura del teatro político y la del mundo representado. En palabras de Bourdieu: "El campo político sería el lugar de una competencia por el poder que se da por el intermediario de una competencia por los profanos o, mejor, por el monopolio de una

parte o de la totalidad de los profanos. El portavoz no se apropia solamente de la palabra del grupo de los profanos, es decir, en la mayoría de los casos, de su silencio, sino también de la fuerza misma de ese grupo, que contribuye a producir prestándole una palabra reconocida como legítima en el campo político" (Bourdieu: 1981; 13).

Conclusión

Uno de los méritos de la contribución de Bourdieu en torno a la constitución de la identidad social y de la representación política, reside en la inserción de la producción de sentido dentro de campos de la lucha social. La producción de sentido aparece a la vez como objeto de las luchas y como elemento estratégico de las mismas. Por lo tanto la definición de las identidades sociales adquiere una importancia particular en las relaciones que se establecen entre grupos y clases. El reconocimiento social de un principio legítimo de división del mundo, es decir aceptando de manera "natural", contribuye a explicar el fenómeno de la dominación y la ubicación jerárquica de dichos grupos y clases sociales.

La sociedad, o lo social, aparecen como fundamentales para entender la generación y el ejercicio del poder. Las instituciones, entendidas en su acepción sociológica clásica, son lugares de otorgamiento y de incremento del poder. El agente recibe el poder de la institución que representa por vía de mecanismos de delegación del grupo hacia él. Este proceso supone que la palabra del representante sea una palabra autorizada, que lo inviste de la capacidad de nombrar las cosas y de actuar sobre el principio de división del mundo dominante. La investidura del representante con la palabra autorizada supone también que él debe someterse a una serie de reglas y ritos de pasaje para adquirir dicho poder de nombrar. Esta transferencia tiene connotaciones asimétricas dado que el hecho de designar a un portavoz implica restarle autorización a las demás voces del grupo.

Siguiendo el razonamiento antes expuesto el Estado aparecería como otra institución social, que por su reconocimiento como la más alta autoridad y por la globalidad de su campo de acción, sería el lugar desde el cual el acto de nombramiento (y por lo tanto de clasificación) tiene más eficacia.

Finalmente la política es otro de los campos socialmente instituidos con reglas propias de acceso al poder, poder que consiste en gran parte en la capacidad de definir las problemáticas políticas legítimas y de manejar de manera autorizada principios de clasificación del mundo. La representación política se presenta como una modalidad de la constitución de la identidad social y funciona con base en mecanismos análogos.

Uno de los problemas que plantea esta interpretación es su énfasis en el orden social. Lo que nos ofrece Bourdieu es una sociología de la sociedad instituida que nos permite un buen acercamiento a temas relativos a su reproducción. No obstante poco nos dice en cuanto a los momentos de ruptura que pueden significar un dominio simultáneo de varios principios legítimos de división del mundo, un nivel bajo de institucionalización (aun tomada en un sentido amplio) y una confusión en las reglas de valoración de los distintos tipos de capitales.

CITAS:

[1] Bourdieu define el "habitus" como un sistema de disposiciones similares y duraderas que integran todas las experiencias vividas: "... la homogeneidad (relativa) de los habitus está al principio de una armonización objetiva de las prácticas y de las obras capaces de darles la regularidad y la objetividad que definen su racionalidad específica y que hacen que sean vividos como evidentes y obvios, es decir como inmediatamente inteligibles y

previsibles, por todos los agentes dotados del manejo práctico del sistema de los esquemas de acción y de interpretación objetivamente involucrados en su efectucción, y solamente por esos (es decir por todos los miembros del mismo grupo o de la misma clase, productos de condiciones objetivas idénticas que ejercen simultáneamente un efecto de universalización y de particularización en la medida en que homogeneizan los miembros de un grupo diferenciándolos de todos los demás)". (Bourdieu: 1972;180).

[2] El término de clase se utiliza aquí en un sentido amplio (como efecto de los distintos principios de clasificación). Por tanto designa a la vez las clases sociales, las clases sexuales y las clases de edad.

[3] Esta autoridad debe ser legítimamente reconocida por el grupo como posición desde la cual el discurso tiene efectos de verdad.

[4] "La lógica del estigma recuerda que la identidad social es objeto de una lucha en la cual el individuo o el grupo estigmatizado y, más generalmente, todo sujeto social como objeto potencial de categorización no puede reaccionar a la percepción parcial que lo reduce de una de sus propiedades sino privilegiando, para definirse, la mejor de sus propiedades y luchando para proponer el sistema de clasificación más favorable a sus propiedades o para dar al sistema de clasificación dominante el contenido más adecuado para poner en evidencia lo que tiene y lo que es". (Bourdieu: 1979;554).

[5] Pierre Ansart reconoce los mismos atributos a la ideología. Aunque creemos que habría que mantener la distinción formal entre ideología y discurso pensando en que hay discursos que no son totalmente ideológicos: "Para que una ideología sea el discurso vivo de una práctica, es necesario que de alguna manera esté de acuerdo con los elementos de la experiencia cuya totalización y corrección está construyendo a la vez. La mera identificación identificadora por la cual un grupo social, un partido se designa, sirve para nombrar adecuadamente una colectividad y simultáneamente borra las diferencias y divergencias. El margen de distorsión se inscribe en una práctica de superación de estas divergencias a partir de relaciones comunes" (Ansart: 1977;187).

[6] "En la lucha por la imposición de la visión legítima, donde la misma ciencia está inevitablemente involucrada, los agentes detentan un poder proporcional a su poder simbólico, es decir al reconocimiento que reciben de un grupo: la autoridad que fundamenta la eficiencia del discurso es un ser conocido y reconocido, que permite imponer un "percipere", o mejor dicho de imponerse como imponiendo oficialmente, es decir ante todos y a nombre de todos, el consenso sobre el sentido del mundo social que fundamenta el sentido común" (Bourdieu: 1982; 101).

[7] No hemos revisado las aportaciones de la psicología social o del psicoanálisis en torno a la identidad y a las transferencias operadas por el individuo hacia el grupo.

Dichas contribuciones podrían ser útiles en la medida en que sean insertadas en un marco de explicación sociológico.

[8] "El campo político propone un universo de "posibles" políticos que, como tal, ejerce un efecto doble: en primer lugar favorece el efecto de falsa identificación por el hecho de que el mismo "implícito" puede reconocerse en distintas formas de 'ya explicitado"; en segundo lugar, tiende a producir un efecto "límite" presentando tácitamente el universo de los posibles realizados como universo de lo políticamente pensable" (Bourdieu: 1979; 536).

[9] Es lo que permite que una misma experiencia pueda representarse en varios tipos de discursos políticos. Esto plantea el problema de la "opinión personal", opinión personal que se constituye dentro de los marcos definidos por las problemáticas políticas legítimas y que en sí no restituyen la lógica de todas las prácticas. El apolitismo registrado por los sondeos y encuestas de opiniones puede ser interpretado como una manifestación de la inadecuación entre problemáticas y prácticas. De la misma manera puede responder a una revuelta de los "sin palabras" frente al monopolio de los productores de discursos políticos, revuelta que se traduce por el rechazo a "jugar el juego".

[10] Esto no excluye la presencia de otras formas de capital, como el capital económico o el capital acumulado por formas específicas de educación política.

[11] Es importante entender esos tres modos de producción de la opinión política como mecanismos que pueden operar en un mismo agente y que están vinculados a la formulación de opiniones específicas. De ningún modo se trata aquí de dividir el mundo político entre los que tienen una opinión individual los que siguen una línea partidaria y los que repiten opiniones que los demás tienen de ellos.

[12] Por supuesto que dicho reconocimiento está filtrado por una serie de ritos de institución que van desde el título académico hasta las elecciones y los nombramientos. También podemos pensar que esas condiciones pueden no operar en tiempo de crisis cuando hay una ruptura de un orden social.

BIBLIOGRAFIA:

Ansart, Pierre, 1977. *Ideologie, conflict et pouvoir*. Paris, Press universitaires de France.

Bourdieu, Pierre, 1972. *Esquisse d'une Théorie de la pratique*. Genève, París: Librairie Droz.

Bourdieu, Pierre, 1979. *La distinction: critique sociale du jugement*. París: Les Editions de Minuit.

Bourdieu, Pierre, 1980a. *Le sens pratique*. París: Les Editions de Minuit.

Bourdieu, Pierre, 1980b. "L'identité et la représentation. Eléments pour une réflexion critique de l'idée de région", *Actes de la recherche en sciences sociales* (Nov.), 35:63-72.

Bourdieu, Pierre, 1981. "La représentation politique. Eléments pour une théorie du champ politique", *Actes de la recherche en sciences sociales* (février-mars), 36-37:3-24.

Bourdieu, Pierre, 1982. *Ce que parler veut dire*. París: Librairie Arthème Fayard.

Levi-Strauss, Claude (comp.), 1981. *Seminario: la identidad*. Madrid: Ediciones Petrel.